

cio, mostrándola en palabras y obras. El fué el primero que la introdujo en Guadiana y todo el Reino de la Nueva Vizcaya, con el grande afecto, veneración y devoción que en él se tiene con el Santo, donde ha obrado los muy señalados milagros que escribimos, tratando de la fundación de ese Colegio; y así en toda aquella tierra le tiene por insigne benefactor y abogado.

Todas estas devociones y ejercicios de oración acompañó siempre el P. Nicolás de Arnaya, con continuas penitencias. Andando entre los chichimecas, se disciplinaba todos los días á mañana y tarde, y eran tan rigurosas estas disciplinas, que siendo después Rector de Tepotzotlán, admiraba á los de casa el mucho rigor con que se disciplinaba, obligando á veces á que llegasen á su puerta á decirle moderase el rigor de sus disciplinas, y porque fuesen más fuertes, las usaba de cuerdas y alambre. De estas penitencias tan continuas, quedó su cuerpo tan molido y con tales heridas, que le causó una enfermedad que le puso en peligro de la vida; fué menester llevarle en unas andas al Colegio de México, acudieron Cirujanos, siendo la cura muy penosa, abriéronsele muchas bocas en el cuerpo y fué necesario cortar parte de carne para atajar el cáncer y riesgo en que le tenían, quedando de la cura algo impedido en el andar, aunque con la modestia que siempre guardaba se disimulaba esta falta. No por esto después aflojó mucho en el rigor, porque siendo Provincial, y visitando la Provincia, llegó á uno de nuestros Colegios, donde uno de los sujetos que en él había no tenía noticia de las rigurosas penitencias que el Padre hacía, y pasando una vez para el coro á media noche oyó grande ruido en el aposento del Padre, que le causó grande admiración, y advirtiendo el rigor con que se disciplinaba, reparó en esto otras noches, y llevado de la novedad contó que pasaban de ochocientos los golpes, que recibía. Esta penitencia de tomar cada día disciplinas continuó hasta que cayó en la última enfermedad de que murió.

Con tales ejemplos de virtud remató el Padre el oficio de Provincial; retiróse al Colegio de México tan quitado de correspondencias y negocios, como si nunca hubiera tenido oficio alguno; ejercitaba el de Prefecto de las cosas espirituales, y éste era su trato, y para continuarle llamaba un Padre de casa, con quien comunicaba familiarmente, y hablando del Instituto de la Compañía, decía le había dado Nuestro Señor alto sentimiento de él, y á la verdad ese le tuvo toda su vida. Ocasiónósele su muerte, según él mismo lo sintió, de que asistiendo á la muerte del Padre Visitador Agustín de Quiroz, y llegándosele algo cerca, le tocó el enfermo con la respiración, de que se sintió herido del mal de que murió; y aunque días antes andaba con un achaque de estómago, abundancia de flemas y falta de calor natural, andaba en pie y decía Misa cada día; sobrevínole una calentura, acudieron los médicos con medicamentos convenientes, haciendo sólo dos ó tres días cama; estaba tan conforme con la divina voluntad, y tan despegado de las cosas de esta vida, que sus ansias y deseos era verse con Dios y que se llegase su dichosa muerte. Y un día antes que muriese (aunque al parecer del médico no había peligro), llegándose un Padre á él y diciéndole que quería decirle un novenario de Misas por su salud, respondió: que ya que le quería hacer esta caridad, no le pidiese á Dios salud, sino una buena muerte; llegóse el día siguiente, que fué de purga, y aunque al principio se entendió que con ella me-

joraría, pero los humores le inquietaron de manera que le causaron un ramo de apoplejía; temióse el peligro, y el que con tanto cuidado se había confesado tan á menudo, y la noche antes de la misma manera, volvió otra vez á reconciliarse para recibir el Santo Oleo; tras de éste se le dijo la recomendación del alma, y de allí á una hora remató la carrera de sus trabajos con tanta paz, que más pareció un suave sueño que no muerte, dando principio á la eterna vida, como se esperó en la divina bondad; que fué á 21 de Marzo, día del Patriarca San Benito, año de 1623, siendo de edad de 65, de los cuales vivió los 48 en la Compañía, tan religiosamente como se ha dicho. Hízosele su entierro el día siguiente, con asistencia de las Religiones de la ciudad de México, de todos los nuestros que en ella hay. Los indios de Tepotzotlán mostraron su sentimiento en la muerte de su antiguo Padre, y por muestras de agradecimiento celebraron sus honras, ofreciendo por su alma sacrificios de Misas á Nuestro Señor.

CAPITULO XV.

VIDA Y RELIGIOSÍSIMAS VIRTUDES DEL PADRE MAESTRO

PEDRO DÍAZ,

UNO DE LOS ESCLARECIDOS VARONES QUE FUNDARON LA COMPAÑÍA
EN EL REINO DE LA NUEVA ESPAÑA.

§ I.

*Su entrada en la Compañía; es señalado para pasar á Indias;
ministerios y oficios que ejercitó en la Nueva España.*

Con razón juntamos aquí con la vida que habemos acabado de escribir del venerable P. Nicolás de Arnaya, la del religiosísimo Padre Maestro Pedro Díaz, compañero del P. Dr. Pedro Sánchez, porque lo fueron estos dos insignes varones en fundar felicísimamente la extendida Provincia de la Compañía de Jesús en la Nueva España; vinieron á ella juntos; sustentáronla muchos años con su doctrina, con sus admirables ejemplos de virtud y prudencia, amplificándola con su muy religioso y acertado gobierno. Títulos todos por los cuales esta Provincia siempre se tendrá por obligada á no echar en olvido los ilustres ejemplos y beneficios que recibió de tan insignes varones, de los cuales predica el Real Profeta que eran dignos de eterna memoria: «*In memoria æterna erit iustus.*»

Y para hacerla aquí en particular de los admirables ejemplos de virtud, prudencia y religión que nos dejó el Padre Maestro Pedro Díaz, me pareció poner aquí la carta en que los escribió á N. P. General Mucio Vitelleschi, el P. Nicolás de Arnaya, Provincial que era de esta Provincia, cuando pasó de esta vida el P. Pedro Díaz, que fué el año de 1618, y comienza así: «Escribo ésta con el dolor y sentimiento

que es justo, por la gran pérdida que habemos tenido con la muerte del Padre Maestro Pedro Díaz, cuya ejemplar vida tanto honró á nuestra Compañía, en la cual vivió 53 años y los 46 de ellos profeso de cuatro votos. Fué natural de Lupiana, en el Reino de Toledo, y entró de 20 años en la Compañía, habiendo recibido el grado de maestro en Artes en la Universidad de Alcalá, siendo de 18 años; en la cual, y en el tiempo de sus estudios, tuvo siempre singular aprobación de los hombres más doctos y graves de aquella Universidad; en ella obtuvo una colegiatura de Teología y leyó algún tiempo de sustitución la cátedra de Artes. Recibido en la Compañía fué á tener su noviciado, donde aprovechó mucho en todas las virtudes, en especial en la continua oración, en la cual estaba con tanta modestia y composición, que el P. Dr. Araoz, reparando en ella, solía decir que el Hermano Pedro parecía un mármol puesto en oración. Indicio de la atención del alma que tan suspenso tenía al cuerpo en aquel tiempo, y era tal su virtud y ejemplo, que aun siendo Hermano novicio le encargaban que cuidase de los demás novicios, en ausencias del Padre maestro, que los tenía á su cargo, por la satisfacción que de su virtud se tenía aun en aquellos principios. Después de ordenado de Sacerdote, hizo una misión á los montes que llaman de Toledo, con tan grande aprovechamiento de las almas, que pasando después por allí los PP. Millán García, insigne predicador y el P. Francisco Majano, hallaron haber hecho notable fruto en aquella tierra el Padre misionero nuevo. A este mismo tiempo señaló nuestro Padre San Francisco de Borja al P. Pedro Díaz con los demás Padres que vinieron á fundar esta Provincia, con orden de que en llegando á ella hiciese la profesión de cuatro votos, no obstante que era tan mozo, y que ejerciese el oficio de maestro de los novicios que se recibiesen, en el cual crió con mucha virtud y religión los primeros que en esta tierra entraron en nuestra Compañía, y no por esta ocupación dejaba de acudir á los demás ministerios; y en el del púlpito fué singular el fruto que hizo en aquellos principios, con notables concursos y aceptación del pueblo, tanto, que al principio que le oyó el Virrey D. Martín Enríquez, que entonces era de esta Nueva España, le envió unas obras de San Jerónimo en significación de lo mucho que le había agradado y estimado su doctrina; fuera de esto, dos veces fué Rector del Colegio de México y Procurador á Roma. Después fué Prepósito de la Casa Profesa y Provincial de esta Provincia, y en todas estas ocupaciones fué muy grande la satisfacción que dejó de su mucha religión y prudencia. También dió principio al Colegio de Guadalajara y al de Oaxaca, en cuyas fundaciones venció no pequeñas dificultades del estado eclesiástico y secular que las impedía, y no poco aprovechó su prudencia para vencer las grandes que tuvo la Casa Profesa en sus principios, y siendo él Provincial en la mayor fuerza de ellas. Muchos años después de sus grandes méritos pasó á fundar el Colegio de Campeche, y por ser tierra sujeta á grandes fatigas de calores y haber de pasar el mar un hombre de tanta edad para ir allá, fué de mucho ejemplo la obediencia con que admitió esta empresa. En la cual, si bien por tres años que allí estuvo no pudo tener efecto la fundación del dicho Colegio, pero con el buen ejemplo de vida con que dejó edificados á los de aquella tierra y acreditada la Compañía, se acreditó la fundación para que los principios, progresos y mayor aumento de nuestra Compañía en

esta Provincia, tuviesen en gran parte su origen en la solicitud y gobierno del Padre Maestro Pedro Díaz. Y á todas las demás obras muy señaladas de este gran siervo de Dios, podemos añadir una de las principales que hay en esta Provincia, que es la de misiones entre naciones bárbaras, que se principiaron siendo él Provincial, con la entrada primera que hicieron á la Sierra de Topia y Sinaloa el santo P. Gonzalo de Tapia, que murió á manos de los bárbaros por la predicación evangélica, y el P. Martín Pérez, que por muchos años después sustentó y amplió esa misión.

§ II.

De las muy religiosas é insignes virtudes del P. Pedro Díaz.

Lo mejor que de las virtudes del P. Pedro Díaz se puede decir, es, que tuvieron su fundamento y principio en la gracia bautismal, y por la misericordia de Dios las conservó y perseveraron en él hasta el postrero día de su vida. Así lo certificaron dos Padres, el uno que algunos años antes le confesó, generalmente de toda su vida, y el otro, que también al fin de ella lo confesó, á quien el mismo Padre dijo con notable agradecimiento á Dios, que en toda su vida no le había remordido la conciencia en materia de pecado mortal. Este confesó de su alma nació de que el P. Pedro Díaz tenía, en todas las cosas de su vida, escrito en un papelito por semanas, meses, años, diciendo: «Cada semana confesarme muchas veces, oír sermón, ó plática ó conferencia (y así, no perdía ninguna de cuantas en nuestra Iglesia se hacían), hacer obras de humildad y mortificaciones exteriores; cada mes tratar con alguna persona espiritual de cosas de propio aprovechamiento y que advierta las faltas; hablar al Superior, tomar á pechos enmendar una falta, y ejercitarse en una virtud y tomar la devoción de un santo en particular; cada año celebrar el día de mi vocación y tomar otro santo para todo el año, dar cuenta al Superior de la propia conciencia y modo de proceder, renovar los votos y hacer los ejercicios espirituales por una semana.» A esto añadía que las cosas que había de hacer las repartía de esta manera: con Dios, con los Superiores, con la Religión y consigo mismo. «*Con Dios*: la presencia de Dios, actos de amor de Dios, actos de temor de Dios, actos de celo de Dios, actos de alabar á Dios, actos de agradecimiento á Dios, actos de resignación en Dios. *Con los Superiores*: amor á los Superiores, reverencia á los Superiores, obediencia á los Superiores, encomendarlos á Dios, sufrirlos en las contrariedades, no murmurar de ellos ni juzgarlos. *Con la Religión*: afecto á la Religión, guarda de las Reglas, procurar el buen nombre de la Religión, guardar la disciplina religiosa, hacer bien las cosas de la Religión: oración, exámenes, lección, Misa, confesar y predicar, dar buen ejemplo á los de casa y de fuera, comprobar las cosas de casa con los Padres y Hermanos, reconocer á Dios en ellos, dilección fraterna á todos, honrar á todos, soportar las faltas y no juzgar, andar con circunspección y discreción y sin doblez alguna.» Y viniendo á hablar de lo que había de guardar consigo mismo, dice: «Ser amigo del recogimiento y guardar la celda, y no salir de ella sin utilidad ó necesidad, estar ocupado y huir el ocio, cuidado en la modestia y en el silencio, andar interior examinándome,

reprendiéndome y confundiéndome, mortificar la propia voluntad, castigar el cuerpo con ayunos y trabajos, procurar la paz y tranquilidad del corazón.» Todo esto decía en su papel, y todo lo cumplió con grande exacción el P. Pedro Díaz. Y quien andaba con tanto cuidado en los pensamientos, palabras y obras de su vida, qué maravilla que la conservase tan pura como él confesó á la hora de su dichosa muerte.

No era menos admirable la distribución particular que guardaba todas las horas del día este varón santo, con que traía atareada su vida. Porque fuera de la oración mental, que por la mañana era de hora y media, y algunas veces de dos horas y á la tarde una, todos los días rezaba tres Rosarios, conviene á saber: la Corona de Cristo Nuestro Señor y la de su Santísima Madre, y otro Rosario de la muerte. Y estos los rezaba de ordinario á las tardes, de rodillas, ante el Santísimo Sacramento, fuera de la letanía común de todos los santos que sabía de memoria, y la decía todos los días que no podía asistir á la que en comunidad se dice. Rezaba otras veces cuatro letanías; visitaba el Santísimo Sacramento todas las que salía fuera y volvía á casa, con otras dos visitas, que sin faltar todos los días le hacía. De la preparación para la Misa, dice él en otro papel: «Procuraré hacer con toda pureza, con rectitud de la intención, con el ejercicio de devoción, con prevenir lo que se va á hacer y pedir» (esas son sus palabras). Antes de revestirse rezaba ordinariamente en la sacristía los Salmos y oraciones que pone el misal para la preparación de la Misa, y otras de algunos santos á ese propósito. Decía la Misa con notable devoción, de suerte que la ponía á los seglares que se la oían; y así, solía decir un caballero de la ciudad que todos los días asistía á ella: «Huelgo de oír la Misa del santo viejo, porque aunque es larga, me pone devoción el oirla.» En acabándola, rezaba todo lo que pone el misal para acción de gracias, con otras muchas oraciones, y luego daba gracias en oración mental casi media hora. El Oficio divino lo rezaba con mucha atención, devoción y gran puntualidad á sus horas señaladas; y así, no dejó vez alguna de rezar de parte de tarde los Maitines del día siguiente. Aun en graves enfermedades cumplía con esta obligación, y en esta enfermedad de que murió, y el último día de su vida, rezó hasta Completas. Tenía hecho un compendio de todo el Martirologio, y siempre les rezaba algo y se encomendaba á los santos de aquel día; en un papel que dejó, dice: que antes de acostarse todas las noches, renovaba sus votos y buenos deseos, proponiendo de hacer algo particular del servicio de Nuestro Señor. Señalaba los actos de virtudes que había de ejercitar, hacía penitencias y mortificaciones señaladas y apuntaba las que el día y noche siguiente había de hacer, y al fin de esto examinaba cómo ponía en ejecución todas estas cosas. Y aunque tenía tan atareado el tiempo, como se ha dicho, nunca faltaba á los ministerios de confesar y predicar, con la asistencia que los demás al confesonario. También lo tuvo para hacer muchos tratados y libros enteros escritos de su mano, muchos extractos y sumas de libros espirituales y santos, muchas sentencias y direcciones para la vida espiritual, ocupaciones que bastan para traer atareada la vida de otro cualquiera, por más codicioso que fuese del tiempo. Pero ninguno lo era más que el P. Pedro Díaz; y así, aconsejaba á todos que siempre se atareasen y diesen ocupación, que estuviese llamando á un Religioso á su aposento.

§ III.

De otras virtudes

que resplandecieron en el muy religioso Padre Maestro Pedro Díaz.

Ninguna de las ocupaciones dichas, ni sus años y méritos, fueron parte para que dejase de ser puntualísimo en seguir la Comunidad hasta que murió. Nunca admitió excepción ni particularidad aun en ocasión de achaques que pasaba en pie, importunando á los Superiores, que no se le diese cosa particular de regalo en el refectorio, y aunque se le ponía, lo dejaba con disimulación y pasaba con el común que á todos se daba. Por un achaque de vahidos que padecía, tenía necesidad de tomar algunos días algún jarabe ó medicamento, y esto había de ser sin faltar á decir la última Misa, que decía todos los días, si no era cuando predicaba ó tenía alguna ocupación forzosa de la obediencia; su caridad era general para con todos; y así, todos le tenían por Padre común, en quien los más afligidos hallaban consuelo y dirección. Y era ordinario que cuando alguno se veía con trabajo ó aflicción, decirle se fuese al P. Pedro Díaz, en quien hallaba el consuelo de su pena; de esta misma virtud le nacía al Padre ser tan honrador de todos, que á cualquier acto ó acción pública que le convidasen, aunque fuese de gramática, no se excusaba de ir allá. El era el que más visitaba los enfermos y cuidaba de su salud, y aunque el enfermó estuviese en el Colegio, él era el primero que iba á verle y consolarle. De esta misma caridad nacía el sentir notablemente oír plática de murmuración, y luego procuraba atajarla. A cualquiera que viese necesitado de ayuda se la daba; procuraba siempre levantar al caído y favorecer á todos con amor de Padre; y aunque mucho de esto nacía de la condición amabilísima del P. Pedro Díaz, pero más principalmente de las entrañas de amor de Cristo que ardía en su pecho. El que tenía á nuestra Compañía era tal, que se echaba bien de ver en el celo y cuidado con que procuraba su buen nombre, y el buen acierto en todas las cosas que le tocaban. Regocijábase notablemente de cualquier cosa que con aplauso y aprovechamiento del pueblo se hacía; y el afecto con que miraba todas las cosas de la casa era extraordinario, procurando su aumento no sólo en lo espiritual, sino también en lo temporal y casero; y así, amaba y defendía á los que en algo eran proficuos á la Religión, y los alentaba y animaba, sintiendo mucho les diesen ocasión de disgusto. Era muy prudente y sagaz, pero sin doblez alguna, antes se conocía y celebraba en él una sencillez muy de paloma, de donde le nacía el acierto y dón de consejos que daba, como lo experimentaban cuantos con él se aconsejaban. Viniendo á hablar de su grande humildad, ésta mostraba hablando á todos y á cada uno de los que trataba con notable igualdad, y aun como si le fuesen superiores, tanto que si habían menester su intercesión algunos de los nuestros para ser en alguna ocasión sus encomendados, solía escribir los billetes de su mano y llevarlos á firmar á los aposentos de los mismos por quien intercedía. Y en una ocasión sucedió, que con ser hombre tan docto en todas materias, se puso á escribir en una de ellas, dictándole otro Padre, como si el Padre Maestro Pedro Díaz fuera un estudiante y discípulo; y esto, con notable gusto y apacibilidad. De esta humildad

le nacía el ser pacientísimo, tanto, que jamás le vieron descomponerse, aunque se le diese grande ocasión para ello, y por otra parte, tan agradecido á cualquier cosa que por él se hiciese, y que lo encarecía notablemente, significando cuán obligado quedaba de aquel beneficio, y haciéndolo él, á veces, mucho mayor por otros, nunca daba muestras de que era cosa de consideración lo que hacía, juzgándose por más deudor á todos, que por benefactor. En el celo del bien y aprovechamiento de las almas, fué extremado, como lo mostraba en aconsejar y doctrinar á cuantos hablaba, aun hasta los muchachos y negritos que encontraba por las calles. En su abstinencia fué tan templado, que nunca, en su celda, tuvo cosa de regalo, aun estando con achaques que lo requerían. Su modestia y compostura era tan singular, que se le había notado que aun dentro de casa y por los cuartos, nunca le veían volver atrás la cabeza, y ni hacer otra acción, por mínima que fuese, que desdijera de una grande modestia. A la pobreza la amaba como á madre; y así, deseaba sentir efectos de ella, y que los de casa le tuviesen este mismo afecto. En la obediencia era tan puntual y exacto, que siempre era el primero que acudía al toque de la campana á cualquiera cosa de la Comunidad. Y en la observancia de las Reglas tan remirado, que en un papelito tenía apuntadas las licencias que tenía impetradas hasta para beber entre día y otras menudencias, que para él siendo Reglas, no lo eran, sino cosa de mucha importancia para la perfección. Su mortificación era tan grande, que toda su vida era un perpetuo ejercicio de esta virtud; y sus penitencias y asperezas no eran extraordinarias, eran empero continuas, porque tenía por dictamen no hacer cosa en esta materia, que obligase su demasía á cesar de ella; y con todo, eran sus cilicios muy ásperos y sus disciplinas todos los días, ó los más de ellos. Y finalmente, después de lo dicho, añade el Padre Provincial Nicolás de Arnaya, en la carta que escribió de la vida del venerable P. Pedro Díaz: que aunque en todas las virtudes pudiera referir muchos actos del grande ejemplo que en ellas dió el P. Pedro Díaz, pero que se contentaba con reducirlo á tres puntos, que encierran en breve lo mucho que se pudiera decir de tan santo varón. Lo primero, una puntualidad y observancia regularísima en el modo de su vida y distribución, que cumplía rigurosísimamente todos los días y á sus horas, sin que otro respeto la pervirtiese, si no era alguna forzosa ocupación de la obediencia, y entouces, por no faltar á sus ejercicios espirituales, los anticipaba ó posponía; y en prueba de esto, cuando bajando á decir Misa sucedía algunas veces estar aguardándole algunos Oidores ó personajes graves para oirla, por no dejar la preparación que solía, les decía con una apacibilidad seria y santa: «En verdad que tengo que rezar unas oraciones, aguardense vdes. y encomiéndense á Dios, y luego diremos la Misa,» y lo mismo hacía en acabándola de decir, para dar gracias. Lo segundo, que en suma se podía decir del P. Pedro Díaz, fué la paz y serenidad que con su mucha oración alcanzó de Nuestro Señor, con una apacibilidad admirable y grave, hallándole siempre todos de un temple manso y apacible, y que mostraba bien cuán en la presencia de Dios andaba. Y el tercer punto de la santidad de vida del P. Pedro Díaz, se dirá en el párrafo siguiente.

§ IV.

De la dichosa muerte del venerable Padre Maestro Pedro Díaz.

Lo tercero, que fué como prenda y premio de su santa vida, fué el feliz y dichoso remate de su muerte, pues se le llegó de la suerte que la había pedido á Dios, deseando con notables veras el no ser cargoso á nadie en la enfermedad de que murió; y así, pocos días antes que cayese enfermo, dijo á un seglar, su penitente, y que le amaba y estimaba mucho: «Ya yo, señor, soy viejo y pido á Nuestro Señor, si es servido, me saque de esta miserable vida, y también pido me dé una muerte en que no dé trabajo á mis Hermanos;» entrambas á dos cosas se las concedió Nuestro Señor, porque le dió un vahido de cabeza y tras él un gran dolor é inflamación interior, que algunos pensaron haberle sobrevenido de un sermón que pocos días antes había predicado en la Catedral, del Misterio, en aquel tiempo celebrado con singularidad, de la Concepción Inmaculada de la Madre de Dios, en el cual este insigne predicador, que siempre lo fué así, se excedió á sí mismo en el fervor y eficacia de su doctrina, que dejó admirado á uno de los más graves y numerosos auditorios que en la Corte de México se vió; y personas muy doctas y graves por mucho tiempo después lo celebraban por cosa rara y singularmente comunicada á este santo varón, por la tiernísima devoción que siempre tuvo del Misterio tan devoto en la Iglesia, de haber sido exceptuada la Purísima Virgen de la mancha del pecado original; y así, se decía que el P. Pedro Díaz había cantado como el cisne para morir con este su último sermón. Poco después de él le dió la enfermedad, y al tercer día le halló el médico sin remedio, y le desahució, mandándole dar los Santos Sacramentos; estos recibió con notable sosiego, devoción y ternura, sin alterarle cosa alguna la nueva que le habían dado, de que se le acercaba la muerte, en que se echó de ver cuán prevenido estaba para ella. Acabado de recibir el Oleo, se volvió á los nuestros que estaban presentes, y les dijo: «Ya esto es hecho y en buen punto, ahora haga Nuestro Señor lo que fuere servido; vuestras reverencias por amor de Dios me perdonen la desedificación y disgustos que les habré dado, asegurándoos que mi ánimo ha sido siempre de servirlos á todos y ayudarlos; y si alguna vez no he acertado, no ha sido por falta de voluntad: yo doy muchas gracias á Dios porque se sirve de llevarme, que ya es tiempo, pues tengo 73 años y he entrado en 74; los 53 he vivido en la Compañía, y aunque no ha sido con la perfección y observancia que fuera razón, espero mucho en la misericordia grande de Nuestro Señor y en las oraciones de vuestras reverencias, con que pienso alcanzar la bienaventuranza, en especial llevándome en este tiempo, que es octava de los Reyes, porque en ella nací y entré en la Compañía; en ella me ordené de Sacerdote é hice mi profesión, y ahora también en este tiempo se sirve Nuestro Señor de llevarme para sí, y por ello le vuelvo á dar muchas gracias. No quiero la vida, porque la de este Mundo está llena de miserias, trabajos y enfermedades, y en verdad que ella en sí no tiene por qué ser deseada, más de cuanto es buena para merecer en ella la eterna, y ésta espero por la Pasión de Cristo Nuestro Señor y por su infinita misericordia. Vuestras reverencias se

lo pidan en sus oraciones, y me ayuden por amor de Dios en este trance; y no tengo más que decirles.» Esto fué como á las ocho de la mañana; estaban afligidísimos todos los presentes y derramando lágrimas por verle en aquel riesgo; él pasó todo el día con la serenidad y apacibilidad que siempre tenía aun en su entera salud; sucedió que llegándose un Padre á decirle que fuese muy consolado, pues había fundado esta Provincia y la dejaba tan dilatada, oyendo esto el P. Pedro Díaz, se encogió y respondió: «Nuestro Señor sabe cómo se empezó, y lo que está extendida, y lo que yo he hecho en esto; á Su Divina Majestad se dé la honra y gloria por todo.» En sabiendo el Inquisidor de México, Juan Gutiérrez Flores, que después fué Visitador de la Real Audiencia del Perú, grande amigo del P. Pedro Díaz, que estaba enfermo, le vino á visitar, y viendo que la enfermedad en tan breve tiempo estaba tan adelante, mostró notable sentimiento, pidiéndole se acordase de él en la bienaventuranza, y le echase su santa bendición. A las dos de la tarde le vino á visitar el Obispo de la Nueva Segovia, D. Juan de Rentería, preciándose con mucho afecto y amor de ser su hijo y quererle y amarle como á Padre. A las cinco de la tarde le vino á visitar el Ilmo. Arzobispo de México D. Juan de la Cerna, quejándose de que no le hubiesen luego avisado de su enfermedad, así para haberle regalado, como por el gusto que hubiera tenido en haberle visto y visitado más veces; estuvo Su Señoría más de media hora con el Padre, encareciéndole mucho el sentimiento que tenía de su falta, y significando con palabras muy graves lo que le amaba y estimaba. Y llegando á tratar de la aceleración de la enfermedad, dijo: que se persuadía que por tener poco que purgar le daba Nuestro Señor enfermedad tan breve; y así lo creyeron los presentes, porque fuera de su inculpable y santa vida, en ella fué cuidadosísimo de ganar todos los días indulgencias para satisfacer, como él decía, y disminuir las penas del Purgatorio.

Hubieran venido muchas personas graves de la ciudad á visitarle si hubieran sabido de su enfermedad, porque por el amor tan general que todos le tenían y gran veneración y concepto de su mucha santidad, cada cual quisiera haber recibido su santa bendición y recomendándose para ante la Divina Majestad; y así, muchos de los más graves personajes de la ciudad, después de muerto, se quejaban y hacían sentimiento de no haber sabido á tiempo su enfermedad. A los que le visitaban despedía, diciendo que le dejasen hacer tiempo y haberlas con Nuestro Señor, á quien él estaba tan próximo de ir á gozar. Pidió á las nueve de la noche le dijese la recomendación del alma y se la dijeron dos veces respondiendo él mismo, y la última vez que se la dijeron, al decir *Proficiscere anima christiana*, se compuso, y puestas las manos repitió el *Proficiscere* con notable devoción y ternura. Acabada la recomendación, dijo: «Ya no hay más que decir ni hacerse, váyanse á dormir, que los que velaren me ayudarán, y cuando sea menester me volverán á decir la recomendación, váyanse y hagamos tiempo.» Una hora antes que muriese llamó á un Padre de los que le velaban, y le dijo: «Agradezca vuestra reverencia de mi parte al señor Arzobispo la merced que me hizo de visitarme (amábanse mucho), y que yo sé lo pagaré en acordarme de Su Señoría delante de Nuestro Señor, como se lo mando. Ahora iremos á ver aquel gran secreto, tráigame aquel Crucifijo;» pusiéronselo en las manos, y con mucha

paz y ternura lo llegó al rostro, y besándole las llagas de pies y manos y costado, se estuvo con él un gran rato en interiores y amorosos coloquios, sin decir cosa que se le pudiese oír y luego lo dió para que se pusiese en su lugar. Ya aquí á gran prisa le iba faltando la vida pero no el sentido, sólo perdió el habla lo que duró decirle la última recomendación. Y acabando de decir el Salmo *Confitemini*, con notable sosiego y composición dió su alma al que la había criado para tanto bien y felicidad. Eran muy hijos suyos y aficionados los Padres y Hermanos que le velaban, y viéndole ya en el trance último, derramaban muchas lágrimas de sentimiento, pero todos á una advirtieron que en expirando, sintieron en sí grande alegría y júbilo espiritual, que parece les causó la mucha gloria que luego empezó su alma á gozar de Dios. Murió á las once y cuarto de la noche, sábado, á 12 de Enero; difirióse su entierro para la tarde del domingo, porque quisieron venir todas las Religiones para hallarse á él. Y el señor Arzobispo pidió se difiriese hasta las cinco, porque por ocupación forzosa no podía Su Ilustrísima venir antes, y no pudiendo dilatarlo tanto por no detener ni hacer mala obra á las Religiones, se hubo de hacer á las tres con grande concurso de gente de la más noble de la ciudad. Vinieron muchos Doctores de la Universidad y otros oficiales y Ministros de los de más consideración de la Real Audiencia, y queriendo sacar el cuerpo de la sala donde estaba depositado, acudieron Religiosos de todas las Ordenes á llevarlo en sus hombros, no consintiendo que los nuestros llegasen á él. En la Iglesia se le hicieron sus exequias, y al llevarle á la sepultura acudieron muchos Religiosos de todas Ordenes y seglares, á besarle la mano. El día siguiente, por la mañana, vino el Obispo de la Nueva Segovia, que se hallaba en esta ciudad, á cantarle la Misa, pero por haber llegado tarde y estar ya dicha, no quiso Su Señoría volver sin decirle rezada por el Padre, mostrando en esto la afición que tenía y grande amor á este señalado varón.

El sentimiento general que en toda la república hubo, no se puede significar fácilmente, mostráronlo bien las muchas lágrimas que todos en su entierro derramaban, y sus penitentes hijos de confesión muy en particular; y la estima y veneración que tenían de su santidad, se echa de ver en la importunación y demanda que de sus reliquias había; de suerte que siempre fué amable y querido el Padre Maestro Pedro Díaz en vida y en muerte, amado de Dios y de los hombres, cosa que no todas veces se halla, y en el Padre con muchas ventajas se vió; y tal vida, como la suya, tan dichosa muerte merecía, que sólo sirviese como tránsito y paso para la bienaventurada eternidad. Hasta aquí el P. Nicolás de Arnaya, que era Provincial cuando el P. Pedro Díaz pasó de esta vida el año de 1619.